

go, mucho mas tarde, no resultara igualmente adversario de Ignacio, promoviéndole miles de dificultades en Roma con imputaciones de herejía y hasta con tumultos de la peor laya y naturaleza. Y este mismo hombre le pidió luego que lo admitiera en la Compañía; y lo admitió, teniéndolo y contándolo entre sus mejores discípulos. En demostracion de la profunda humildad de Ignacio cuentan que, hablando una vez con neófito de la orden, el cual deseaba dejarla y huirla, contóle todas sus aventuras de la juventud, los amores livianos, las riñas y pependencias, los placeres y orgías á fin de que, si como él habia cometido algun pecado en el mundo y en el siglo, no tuviese recelo alguno en confesarlo y arrepentirse.

La virtud, que tenia Ignacio por superior á todas las virtudes humanas, era la virtud de la obediencia. En este punto llegó tan léjos que, muy de grado, convirtiera Ignacio al hombre y su libre naturaleza en objeto material, sometido á las leyes de la mecánica y á los decretos de la fuerza. No entraba en la mente de Loyola esta idea espiritualista y moral: que Dios ha puesto la razon en el hombre para que vea la verdad y la conciencia para que conozca el bien. Cegado por la exageracion de los principios opuestos al principio del exámen libre, no sabia que ningun acto nuestro es verdaderamente moral, si no se cumple y ejecuta obedeciendo á la razon y á la conciencia por medio y por virtud de un albedrío libérrimo. Reconocia que la obediencia completa es ciega. Mas en tal ceguedad estriba para él su sabiduría. Queríala como el fiel del peso, igualmente aparejado para todas las cosas que se mandasen. Y esta comparacion del fiel resulta exacta; porque puede una obediencia, de tal suerte pasiva y constante, inclinarse á un lado y á otro lado con tanta facilidad, que suponiendo en la derecha el bien y en la izquierda el mal, se incline con facilidades idénticas hácia uno y hácia otro, segun el peso que mano superior y ajena ponga en las extremidades de la balanza. No quiere en la obediencia solamente la ejecucion exterior; quiere que la obediencia desee lo mismo que el superior desea y sienta lo mismo que él siente y juzgue lo mismo que el superior juzga. Cuando llega un religioso á este punto, aparece ya verdaderamente muerto. No le visitan las llamas de las ideas; no le desasosiegan los vientos del deseo. Rígido y frio, lleva hasta el seno mismo de su alma la rigidez y la frialdad del cadáver. La Nirvana india, es decir, el misticismo

aquel naturalista, que hace consistir la perfeccion humana en el aniquilamiento de la voluntad y en la extincion de la idea, es el fondo insondable de la doctrina jesuítica. Resignacion á todo, renuncia del propio juicio, confianza en que los superiores representan la persona de Cristo; hé ahí la perfeccion jesuítica. Cree lo mas absurdo por lo mismo que no tiene demostracion. Ningun jesuita perfecto debe pertenecerse á sí mismo, sino dejarse gobernar por otro «como se deja traer una pella de cera con un hilo.» Imposible repetir las numerosas comparaciones ideadas por San Ignacio para encarecer este aniquilamiento completo y total de la humana existencia. El verdadero jesuita debe hallarse como un cuerpo muerto, que no tiene querer ni entender; debe aspirar á la inercia de un pequeño crucifijo, que se deja volver de una parte á otra sin dificultad alguna; debe asimilarse á un báculo en manos de un viejo para ponerse y colocarse allí donde lo lleven. Le está prohibido á un jesuita ni pedir, ni rogar, ni suplicar, porque si pidiera, rogara ó suplicara, demostraria tener deseos, y quien ha inmolado la voluntad, en la inmolacion de la voluntad lleva tambien como inmolado el deseo.

Ningun hombre llevó mas léjos la contradiccion radical consigo mismo que Ignacio; ni sometió á los artificios de una organizacion mecánica y externa los ímpetus de su propia naturaleza. Parecia que no entraba en su alma ningun afecto humano. La abstraccion le habia convertido en una verdadera cifra. Sus biógrafos lo dicen sin rebozo. Llegó á tal punto en esto de dominarse que, con ser muy cálido de complexion y muy colérico, viendo los médicos la lenidad y blandura maravillosa, que en sus palabras y en sus obras usaba, les parecia que era de complexion flemática y fria. Ninguna consideracion con su familia. El mismo Padre Rivadeneira observa que vivió como si no tuviera progenitores ni deudos. La memoria de su padre y de su madre, así como el apego al hogar y á sus hermanos, jamás se notaron ni en sus propósitos ni en sus determinaciones. Consideraba el amor á los parientes como una flaqueza indigna de quien tenia el ministerio altísimo de volver la tierra descarriada de suyo á los altares del cielo. Una prueba de tal desistimiento de todo humano afecto dió negándose á intervenir en el matrimonio de su sobrina, señora y heredera de la casa de Loyola, para el cual pedian su consejo y su intervencion nada menos que los Duques de Nájera y Albur-

querque, antiguos y eficaces protectores de Ignacio en su juventud y en su infancia. Como si la familia fuera cosa vitanda, y el hogar sitio inmundo, Ignacio contesta con horror á los Duques altísimos que le proponen la intervencion propia de un buen pariente y deudo en cosa tan legítima, natural y honesta como un matrimonio, que no le estaba bien tomar lo antes dejado, y tratar cosas ajenas á su vocacion, y vestirse otra vez la ropa que ya se habia desnudado, y ensuciar los piés que con la gracia divina, á tanta costa suya, desde que de su casa partió, habia lavado. De suerte que para Ignacio la sangre de sus venas, el calor y el movimiento de su vida, la naturaleza de su complexion, la herencia moral de sus abuelos y progenitores, la estancia donde se asomara por primera vez á la vida y recibiera la consagracion de las lágrimas de su madre, todo esto, sagrado de suyo y cuasi divino, resultaba, en el extravío mental de las alucinaciones místicas, pecaminoso y abominable. «Cuanto al negocio, dice, dirigiéndose al Duque de Nájera, del casamiento, de que V. S. me escribe, es él de tal calidad, y tan ajeno de mi profesion mínima, que yo tendria por cosa muy apartada de ella entrometerme en él; y es cierto que diez y once años han pasado que yo no he escrito á ninguno de la casa de Loyola, haciendo cuenta que á ella, junto con todo el mundo, una vez la he dejado por Cristo; y que no debo de tornar á tomarla por propia por ninguna via.» Ya sabemos que todos los profetas y taumaturgos de la historia suelen aspirar á lo mismo, á ser considerados como una especie de abstracciones vagas, sin sujecion al tiempo y al espacio, ideales sublimes puestos fuera de toda condicionalidad y de toda contingencia. El profeta huye de la casa que ha visto su debilidad en la infancia, su nacer mancomun y uniforme con todos los hombres, sus faltas y sus debilidades humanas, su inevitable sumision á las leyes todas del Universo material y moral. Sí, lo comprendemos, lo explicamos, pero como un defecto necesario y anejo á ciertas vocaciones altas y excepcionales; mas no como virtud imitable y digna de loa en el juicio de la historia. Si todos los hombres hubieran sido como Ignacio; si abandonaran todos el hogar al embate de los hechos fortuitos; si renunciaran á los deberes de la sangre; si abandonaran los deudos como abandona el malvado al expósito á quien acaba de engendrar; si en doce años no se acordase de ningun amigo, ¿qué seria de la familia,

de tan capital institucion humana? Comprendamos y expliquemos estos hombres por la naturaleza del tiempo en que viven, y por el sobrenatural ministerio que desempeñan y ejercen; pero no los tengamos ni los presentemos como dechados de perfeccion absoluta. Cual todos los demás hombres han tenido debilidades y han pensado errores. Ninguna debilidad tan punible como el desamor á los deudos, y ningun ejemplo tan funesto como el desasimiento y despego de la familia.

No habríamos de acabar nunca, si contáramos las extravagancias atribuidas por sus discípulos al Santo. Podíamos escogerlas á montones en las obras consagradas por la predileccion del jesuitismo. Un dia reprendió á varios hermanos, por recrearse sin licencia suya en una viña situada por los alrededores de Roma. Otro dia impuso penitencia rigorosísima y cruel á un novicio por el enorme crimen de haberse lavado las manos con jabon. Cuentan que, cuando necesitaba dinero, lo pedia en sus oraciones y lo encontraba sin tasa. Designaba el pago de sus deudas, muchas en verdad, á plazo fijo; y antes de cumplirse, por las puertas le entraba el dinero, merced á unos cuantos rosarios y á unas cuantas maceraciones. Desde tal fecha debe datar la mezcla de la ciencia mística con la ciencia económica que distingue de antiguo al jesuitismo universal. Así, nunca olvidaba el principio de utilidad. Y en prueba de tal observacion, ved lo que dicen sus apologistas: «Quería y estimaba mas á un hombre simple lleno de espíritu y amor de Dios, que á un letrado menos perfecto; pero ponía mayor cuidado en conservar al letrado y á los otros que tenían algun señalado talento por el provecho que de estos podia venir á muchos, mas que del simple y que no es mas que devoto.» Para ver de qué cosas tan materiales hacia depender la salvacion de las almas, no hay sino considerar que atrajo al conocimiento y amor perfecto de Jesucristo á un doctor hereje, no por haberle predicado con la palabra y persuadido con el ejemplo, por haberle ganado una increíble apuesta en un juego de trucos.

¡Ah! Este es desde luego el carácter de la doctrina jesuítica, sí, carácter materialista y utilitario con falsos arreboles de místico. Así no ha levantado las montañas que levanta la fe; ni ha hecho los milagros que otras doctrinas mas modestas y humildes. Nada de metafísica trascendental, nada de leyenda

poética, nada de arte plástico en torno de esa imágen de la reaccion, cuando todo eso y mucho mas hay en torno de un fraile modestísimo, del pobre San Francisco. Al encontrarse los biógrafos de la órden frente á frente de aquel cadáver frio, en la hora suprema de su entierro, al cual no bajan como al entierro de San Francisco los ángeles del cielo, escriben páginas y páginas para mostrar que, si no ha hecho su beatífico padre ningun milagro, tampoco los han hecho á su vez otros santos y otros doctores de la Iglesia universal. Pero ¡ah! que no ha tocado ningun corazon ese hombre; no ha movido las etéreas alas de los ángeles del espíritu; no ha provocado desde las alturas del cielo una lluvia de ideas sobre las profundidades del alma; no ha tenido ni una literatura como la literatura del Dante, ni un arte como el arte de Giotto, ni una teología como la teología de Buenaventura; porque Dios, como alienta el progreso, esteriliza la reaccion, y maldice á sus fautores y á sus cómplices.

CAPITULO XII

ORGANIZACION DEFINITIVA Y DOCTRINA TRADICIONAL DE LOS JESUITAS

Resumamos esta larga obra; compendiamos sus capitales ideas. Nunca insistiremos con harta insistencia en el carácter guerrero de Ignacio y de su órden. La educacion adquirida en la corte militar de los Reyes Católicos, su valor en los tercios imperiales, su resistencia en la fortaleza de Pamplona, enlázanse con la vela de armas, con la profesion de caballería, con las expediciones á Jerusalem, verdadera prolongacion de su existencia, digna toda ella de un capitan y de un militar. Sus mismos partidarios le comparan al antiguo Aníbal, implacable y eterno enemigo de la antigua Roma. Los jesuitas dicen á cuantos quieren oírlos que, como Amilcar hizo jurar al capitan cartaginés que consagraria su vida en toda su duracion á combatir el dominio de la Ciudad Eterna en el mundo, Ignacio les habia hecho jurar á ellos que consagrarían toda su vida y todas sus fuerzas á desarraigar la herejía en la conciencia. Soldado temporal ó soldado espiritual, siempre fué soldado aquel hombre, paje de niño, capitan de mozo, general de viejo, uno en esencia y en sustancia. Así, la órden se llama compañía; y Cristo y Belial á sus ojos aparecen revestidos con todas las insignias militares; y Jerusalem y Babilonia como dos ciudades sitiadas. Sean cualesquiera las ideas que tengamos en este siglo respecto á un siglo tan apartado del nuestro como aquel en que vivió Loyola; sean cualesquiera nuestros hábitos y nuestros pensamientos; reconociéndonos incapacitados para comprender la incomprendible fe y la tenaz constancia de aquel hombre, supersticioso en sus creencias, exagerado en su celo, fanático en sus afectos; mezcla de ideas místicas é ideas